

de situaciones, climas y personajes novelescos. Y en ello mismo reside su encanto: en lo personal y sugestivo de su perspectiva y de su textura, en el rico y ondulante juego del ingenio de su autor, y en su humor, su gracia y su hondura, siempre tan discretamente distribuidos.

### LOS CAMINOS DEL ENSAYISTA

Con sólo los ensayos de Alfonso Reyes pudiera integrarse una antología que mostrara la mayor parte de los abundantes tipos y formas que suele adoptar el género. Y si se prefiriera formar un inventario de sus temas, advertiríanse las múltiples direcciones que siguen los ensayos de Alfonso Reyes: divagaciones puras, crítica literaria, temas humanistas, teoría literaria, meditaciones americanas y asuntos misceláneos. Formas y temas varios han ido alternándose y cojugándose en su obra con una distribución que recuerda la de una vida bien ordenada, planificada por un hombre sensato. Meditaciones sobre nuestro destino mexicano y americano y juegos poéticos; austeras reflexiones sobre el fenómeno literario y fantasías en donde toda curiosidad tiene cabida; la antigüedad clásica traída hasta nuestras actuales preocupaciones y llamadas de atención hacia lo más destacado de la modernidad, y aún la gracia y la malicia dejando un rastro amable entre de la sequedad de las investigaciones, o la lección moral y filosófica en aquellos divertimientos que parecen pura frivolidad. Elástica juventud de Alfonso Reyes, tal la de un pensador que sabe a la vez practicar con gallardía los deportes y no desdeña, a su tiempo, entregarse a la pura delicia de lo intrascendente. Quizás él no suscribiera del todo aquella petulante afirmación de Ortega y Gasset, que pretendía que el pensador había de abstenerse de toda participación en la vida misma, para situarse sólo en puro espectador de su movimiento, o lo que en más llano castellano suele llamarse "ver los toros desde la barrera". Ortega asistía de mala gana al golf y especulaba desde su palco: Reyes prefirió jugarlo, como prefiere también jugar la vida, aunque luego se esconda en su taller para

apuntar sus meditaciones. Y aun en su retiro, no impide que a su obra lleguen los rastros del bullicio, el aroma mismo de la vida. Ha descubierto en ellos una gracia incalculable, una frescura que se ha enseñado a usufructuar con maliciosa sabiduría.

Ordenándolos en atención a sus formas literarias, antes que por sus temas, los ensayos de Alfonso Reyes pueden repartirse en varios grupos que gradualmente van descendiendo de la creación literaria pura a la circunstancialidad periodística.

1. *Ensayo como género de creación literaria.* Es aquella forma más noble e ilustre del ensayo, a la vez invención, teoría y poema. Se inicia, dentro de la obra de Reyes, con uno de sus escritos más felices, la *Visión de Anáhuac* (1917), síntesis de perfecta hermosura sobre la historia, el destino y la misión de México. Junto a él pueden situarse otros ensayos de esta misma índole, como *Palinodia del polvo* (1940), en cierta manera complemento y respuesta de la *Visión de Anáhuac*, y *Por mayo era, por mayo*, (1946), sobre el tema eterno de la flor.

2. *Ensayo breve, poemático.* Casi de la misma índole que el anterior, aunque más breve y menos ceñido, a la manera de apuntes líricos, filosóficos o de simple observación curiosa. Lo representan algunos de los libros de lectura más placentera y viva que ha escrito Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid* (1917), *Calendario* (1924) y *Tren de ondas* (1932), además de muchos otros ensayos semejantes que andan dispersos en sus libros.

3. *Ensayo de fantasía, ingenio o divagación.* En ellos despliega Reyes la frescura de su gracia e ingenio, su extremada habilidad y su virtuosismo literarios. Algunos de estos ensayos los ha reunido en *Ancorajes* (1951) —*La casta del can. Breve visita a los infiernos*—, y en el precioso librito *Arbol de pólvora*, (1953) y otros se publicaron en la revista *Letras de México* —*Al diablo con la homonimia e Historia natural de las Laranjeiras*—. Constituyen un género ensayístico muy personal de Alfonso Reyes y en el que no admite comparación alguna. Y si él es un maestro consumado en los temas doctos, nunca se le siente más sí mismo y más complacido



que en estos juegos de fantasía e ingenio y en aquellos romances de íntima melancolía, aludidos más arriba. Este es para mí, si no precisamente el mejor Alfonso Reyes, sí el de vibración más intensa y entrañable, y el que conserva y trasciende más puro el aroma y el dón de su inteligencia.

4. *Ensayo-discurso u oración (doctrinario)*. Queda en ellos la mejor expresión de su mensaje cultural de maestro. Forma intermedia entre la oratoria del discurso y la disertación académica. Los ha consagrado principalmente a sus meditaciones americanas y, en general, a proponer rumbos en asuntos fundamentales de cultura. Su elegancia es a la vez clásica y moderna, y pese al rigor intelectual que los ordena, no carecen de esos relieves de gracia y expresión directa característicos de su esilo. Recordemos el hermoso *Discurso por Virgilio* (1931) y los ensayos recogidos en *Tentativas y orientaciones* (1944).

5. *Ensayo interpretativo*. Es la forma más común del ensayo, tratamiento breve de una materia que contiene una interpretación original. Sus temas, dentro de la obra de Alfonso Reyes, son principalmente literarios y algunas veces históricos y humanísticos. Literarios como en *Retratos reales e imaginarios* (1920), *Tránsito de Amado Nervo* (1937), *Mallarmé entre nosotros* (1938) y *Grata compañía* (1948). De historia americana como en *Ultima Tule* (1942), uno de los libros fundamentales de Alfonso Reyes. De temas humanísticos como en los estudios helénicos de *Junta de sombras* (1949), evocaciones y estampas clásicas de noble y perfecta belleza, y cuya erudición se ofrece en imágenes vivas y actuales. *La caída* (1933) toca un tema de crítica de arte. *Idea política de Goethe* (1937), *Trayectoria de Goethe* (1954) y otros sobre el mismo tema, aún dispersos, son magistrales ensayos dedicados a examinar aspectos capitales de la personalidad y la obra del genio alemán, con cuyo espíritu en más de un aspecto se emparenta el de Alfonso Reyes.

6. *Ensayo teórico*. Un matiz lo diferencia del ensayo inter-

pretativo, pues mientras las proposiciones de aquél discurren más libremente y se ocupan por lo general de personalidades literarias o acontecimientos históricos, las de éste, más ceñidas, transitan por el campo puro de los conceptos. Representan este tipo ensayístico *El suicida* (1917), un interesante libro de divagaciones especulativas; *A vuelta de correo* (1932), páginas poco divulgadas de Alfonso Reyes (luego recogidas y ampliadas en *La X en la frente*, 1952) en las que se consigna sus ideas fundamentales sobre el "nacionalismo" que periódicamente exalta nuestras letras, y dos excelentes volúmenes de teoría: *La experiencia literaria* (1942), un precioso repertorio de ensayos que aclaran y ordenan los conceptos y funciones principales del oficio literario, y *Tres puntos de exégetica literaria* (1945) que expone el método histórico de la crítica y analiza las relaciones que tienen la vida y los estímulos —exteriores e interiores— con la creación literaria.

7. *Ensayo de crítica literaria*. Ha sido otro de los intereses de Alfonso Reyes, constantes a lo largo de su obra. Pero de acuerdo con el público a que va dirigida y con la intención del autor, su crítica literaria tiene, a su vez, varias especies o grados, que pueden agruparse en orden decreciente de rigor técnico: a) *erudito*. Lo representan dos libros escritos en la época de sus investigaciones en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, *Cuestiones gongorinas* (1927), prolongación y desarrollo de aquel precursor y notable ensayo *Sobre la estética de Góngora* (1910) que aparece en *Cuestiones estéticas* —y que es de los primeros, si no el primero, que estudia la poesía del cordobés con la simpatía, perspectiva y comprensión modernas—, que recoge precisiones y exégesis fundamentales, y *Entre libros* (1948) donde se coleccionan reseñas de tipo erudito publicadas en su mayor parte en la *Revista de Filología Española*. (b) *De exposición histórica*. Principia, desde los orígenes literarios de Alfonso Reyes, con un estudio notable no sólo por haber sido escrito cuando su autor contaba veintiún años sino también por su elegancia y su claro juicio, *El paisaje en la poesía mexicana*



del siglo XIX (1910). Continúan este tipo de crítica histórica estudios tan destacados, por su amenidad, por su erudición y por su sentido de la síntesis, como las dos series de *Capítulos de literatura española* (1939 y 1945) y un volumen cuya extraordinaria importancia en nuestra historia literaria parece no haber sido advertido del todo, *Letras de la Nueva España* (1948) que ofrece no sólo el mejor y más lúcido panorama hasta hoy existente sobre nuestra literatura colonial sino que entrega, además, un exposición llena de interpretaciones originales y fecundas acerca de la literatura pre-hispánica.— Y c) de *interpretación*. Es la crítica que, al apartarse del rigor erudito y científico, vuelve a encontrar la libertad del ensayo. Inicia también con uno de los primeros trabajos de Reyes, *Los "Poemas rústicos" de Manuel José Othón* (1910), que sigue siendo de los estudios fundamentales acerca del poeta. Junto a él, viene aquel gran libro primero de Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas* (1911) que, además de textos de crítica literaria de esta índole, titulados *Opiniones*, contiene, en su segunda parte y a la manera del ensayo de Wilde, unas *Intenciones*. Dentro de esta misma línea de juegos libres de la imaginación y el ingenio sobre estímulos casi siempre literarios se encuentran la admirada y sugestiva serie de *Simpatías y diferencias* (1921-1926) y su prolongación en *El cazador* (1921), libros a los que deben sumarse, además de muchos otros ensayos de crítica literaria interpretativa dispersos, uno reciente y de sabroso contenido que trata *De un autor censurado en el "Quijote": Antonio de Torquemada* (1948).

8. *Ensayo expositivo*. Es el fruto del admirable sentido que para las síntesis y las exposiciones tiene Alfonso Reyes. Muchos ensayos de esta especie andan por todos sus libros, y aun puede añadirse que casi no hay materia fundamental de cultura que no haya sido expuesta y resumida magistralmente por su pluma. En forma aislada, corren el *Panorama del Brasil* (1945) y el *Panorama de la religión griega* (1948), y en el volumen que lleva por título *Sirtes* (1949) hay algunos superiores: sobre la Atlántida, la prehistoria, Se-

gismundo, la semántica y el sistema histórico de Toynbee.

9. *Ensayo crónica o memorias*. Mientras llegan a publicarse las memorias de su vida, de las que lleva mucho escrito y ha adelantado ya algunas primicias en *Parentalia* (1954), Alfonso Reyes ha consignado en algunos de sus libros testimonios preciosos acerca de sus propias experiencias, ya en forma lírica como en *Las vísperas de España* (1937), otro de sus libros más bellos, o bien con una perspectiva más cercana a la crónica, como en *Aquellos días* (1938) y en *Pasado inmediato* (1941) que narra, este último, y por lo cual es un documento de gran importancia para nuestra historia literaria, la empresa cultural de la generación del Ateneo a que perteneció el mismo Reyes.

10. *Ensayo breve, periodístico y de circunstancias*. Es el registro más leve y pasajero de todas aquellas incitaciones, temas, opiniones y hechos que percibe un espíritu como el de Alfonso Reyes que vive en su totalidad la vida de la cultura. Lo grande, lo pequeño y lo mínimo, consignado al paso, mas siempre con una brizna de su ingenio y de su sabiduría, si no con un vislumbre revelador. Lo juntan *Norte y sur* (1945), *Los trabajos y los días* (1946), *A lápiz* (1947), *De viva voz* (1949) y dos series de *Marginalia* (1952 y 1954), hermosos títulos nunca injustos para su contenido.

11. *Tratados*. Finalmente, una sección para aquellos de sus libros que superan la falta de compromisos del ensayo: tratados a la manera clásica, arquitecturados y plenos: las obras más árdas y doctas de Alfonso Reyes y en las que esplende su rigor y su sabiduría y a las que no deja de dar visos de gracia y de vitalidad el dón de su ingenio: *La crítica en la Edad Ateniense* (1941), *La antigua retórica* (1942) y *El deslinde* (1944), propio campo de su última y magistral doctrina literaria.

#### EL TEÓRICO DE LA LITERATURA

De nuevo en las *Cuestiones estéticas* (1911) puede descubrirse



el nacimiento de los dos brazos que habían de conducir a Alfonso Reyes a la composición de una de sus obras capitales, *El deslinde* (1944): la devoción por las letras clásicas y la preocupación por la teoría literaria. En su vida y en su obra, a lo largo de treinta y tres años, estos intereses fueron nutriéndose de otras dos prácticas esenciales, el conocimiento amoroso y lúcido del cuerpo de los monumentos clásicos y la circulación abundantísima por todos los continentes literarios, además de un ejercicio constante de la aptitud crítica adiestrada al paso en las disciplinas añejas y en los métodos analíticos aprendidos de los mejores maestros, y adiestrada y fortalecida en la frecuentación cordial de cada uno de los oficios y circunstancias del hombre de letras y aun de aquellas tareas concernientes a la realización material del libro, que a todas se ha acercado Reyes como quien se había entregado desde su juventud al mundo de las letras aceptándolo totalmente y buscando en todos sus aspectos aquella ilustración viva que mejor lo llevara al dominio de sus empresas.

*La crítica en la Edad Ateniense* (1941) y *La antigua retórica* (1942), presentan ya volcadas una dirección en la otra y vienen a ser el examen previo de la contribución de la Antigüedad al problema de la filosofía y de la ciencia del fenómeno literario. No agotan estos volúmenes el tema propuesto —motivo de otras disertaciones del autor aún no recogidas— pero se refieren a sus momentos más destacados y establecen los cimientos de la investigación que, luego de las “coordenadas” del estimulante grupo de ensayos que integran *La experiencia literaria* (1942) —obra que dentro de este sistema puede situarse muy justamente como el trazado y reconocimiento general del campo que luego va a explotarse—, se emprenderá vigorosamente en *El deslinde*.

Estos “Prolegómenos a la teoría literaria”, la más ambiciosa y ardua de las obras que hasta hoy ha escrito Alfonso Reyes, son una descripción o exploración en profundidad de los contenidos formales y de significado y de los rumbos mentales que distinguen a la lite-

ratura de otras disciplinas del pensamiento. Es también un vaciado del campo y de las funciones que conciernen a la literatura dentro del cuerpo de las demás disciplinas, y una descripción de sus problemas de límites y sus interpenetraciones.

Un estilo y una imaginación tan feraces y personales como los de Alfonso Reyes implicaban necesariamente grandes problemas en su aplicación a una obra de esta naturaleza. En su ataque a la comprensión del fenómeno literario, Reyes procede por aproximaciones y redibujos, un poco a la manera digresiva de Marcel Proust, y ello le lleva a imponer a sus lectores una especie de desajuste o violencia mentales, al hacerlos atender dos melodías bastante extrañas entre sí, la concentrada de un lenguaje cerradamente lógico —que aún va constriñendo al lenguaje vulgar para manipular a base de denominaciones técnicas establecidas—, y la melodía de las digresiones, comentarios e ilustraciones de todas especies, características del esplendor del estilo de Reyes. Ello hace particularmente difícil la lectura de los cinco capítulos preliminares, en los que es más notorio este inoportuno consorcio, y hace pensar en la conveniencia de un digesto de *El deslinde* en el que se le redujera al puro nervio de sus indagaciones fenomenológicas, digesto que debería conservar, intactos, los capítulos VI y VII, de singular excelencia, que se refieren directamente a la literatura.

La primera y la segunda partes de *El deslinde* constituyen, de hecho, la obra consumada, es decir, el vaciado del cuerpo de atributos formales y de significado de la literatura, dentro del gran cuerpo de las disciplinas que le son afines o tienen con ella algunos nexos intencionales; o bien constituye la monumental introducción a la teoría literaria cuyo campo sería no ya la descripción y depuración de los límites —tarea de este tomo sino el ataque a la materia literaria, previamente purificada, en sus diferentes funciones y categorías.

Es admirable el contraste de la empresa de estos “Prolegómenos a la teoría literaria” con la disciplina tradicionalmente así llamada. Pues los tratados que así se intitulaban solían restringir, equivocada-



mente, la acepción de teoría a lo que era propiamente preceptiva literaria, tal como la instauraron Quintiliano y Cicerón y tal como la anquilosó, parecía que definitivamente, Hermosilla. La monumental obra de Alfonso Reyes debe su ejemplar método de exploración descriptiva, y nunca preceptiva, a la fenomenología alemana, y debe su orientación, su rumbo mental como diría el mismo Reyes, a la sagacidad literaria del propio autor alimentada en todas las fuentes y experiencias, y a las orientaciones de la ciencia literaria tal como ha sido concebida por los maestros contemporáneos. Pero frente a las aportaciones de sus ilustres antecesores, la obra de Alfonso Reyes es la primera que se aboca a la empresa total y abrumadora de la descripción del fenómeno literario. Atacando el problema desde diferentes perspectivas —filología, estilística, estética, teoría literaria, filosofía del lenguaje, etc.—, los estudios de los maestros que le precedieron habían ido aportando luces, aunque rehuían, al mismo tiempo, el trabajo sistemático total. *El deslinde* de Alfonso Reyes no es todavía ese trabajo sistemático general descriptivo del fenómeno literario, pero viene a ser la proposición monumental de las bases de aquel trabajo, la revelación de sus problemas internos, y de la complicada estructura existente bajo el obvio designio de literatura.

Semejante índole lleva necesariamente al lector a la espera y a la imaginación de esa obra para la cual este espeso "deslinde" sirve a manera de introducción. "Si el deslinde queda hecho —escribe Alfonso Reyes en la peroración final—, el paso está franco para otras aventuras por el interior de poesía, a las que hemos de dedicar futuros desvelos". Y para la realización de estas nuevas aventuras, todos confiamos en que nuestro gran hombre de letras que pudo escribir *El deslinde* cuente con las fuerzas y el ánimo necesarios, ya que es empresa que tiene la medida de su temple y ya que si la abandona a merced de los que le sucedan, es posible que resulte contra-hecha e infeliz, o continúe como "hijo nonato del espíritu" en larga espera del padre capaz de entregarlo a la luz.

Suele pensarse de muchos grandes libros que su autor se adelantó a nuestros pasos, creyendo con ello que todos hubiésemos sido capaces de escribirlos alguna vez. No creo que pudiera ocurrir otro tanto con *El deslinde*, pues es la obra específica de la vida y de la obra de Alfonso Reyes. Quiero también decir con ello que *El deslinde* no se presenta al lector como el producto de una ideación desnuda y de una exploración a base de conocimientos y doctrinas más o menos mostrencas; su lectura, por el contrario, ofrece el fruto entrañable de la vida literaria de Reyes, de su prodigiosa sabiduría en tantos dominios del conocimiento humano, de su fértil experiencia en cada uno de los órdenes y oficios de las letras, de su virtud estilística, dueña de tantos registros, de su inigualable poder de aprensión, de síntesis y de comunicación de los productos mentales; de la claridad y gracia de su espíritu, de curiosidad tan generosa y de ordenamiento tan armónico y afortunado. Es por excelencia, la obra que sólo él, en la cima de su vida, pudo escribir. Y no puede decirse mayor elogio de su enorme empresa que repetir las palabras que dijo Werner Jaeger a Alfonso Reyes, comentando la obra de éste: "¡Cuánto me hubiese gustado asistir al asombro que habría producido en Aristóteles la lectura de *El deslinde*!"

#### LA DOCTRINA AMERICANA

El destino y los problemas que impone la civilización de nuestro Continente han sido, tradicionalmente, preocupaciones capitales de los maestros americanos. Fiel a esa vocación y a esa norma, Alfonso Reyes ha expuesto en varios ensayos fundamentales una lúcida doctrina americana.

Sus meditaciones de esta índole se han consagrado de manera principal a explorar el sentido que rige la vida de América, y el significado y el carácter de la cultura americana. En *Ultima Tule*, uno de sus ensayos más hermosos, Alfonso Reyes ha narrado, además de la historia misma del descubrimiento de América, las vicisitudes que en la mente de los filósofos, los poetas, los geógrafos y